



José Luis Abellán. *In memoriam*

JOSÉ LUIS MORA

Universidad Autónoma de Madrid

Cuando se hallaba en preparación el actual número de *Antígona* nos ha dejado un gran historiador y mejor persona. José Luis Abellán falleció el sábado 16 de diciembre (1933-2023) tras una vida plena de trabajo dejando su legado en una obra voluminosa, reconocida internacionalmente no solo en el campo de los estudios filosóficos sino en las humanidades en general. Sus intereses por nutrir a la filosofía de contenido no se restringieron nunca al núcleo, sino que prestaron atención a esos márgenes porosos por los que avanza el conocimiento, heterodoxos en su concepción, incorporados luego progresivamente hasta constituir un nuevo saber que avanza y se proyecta en el tiempo.

Sin duda, su temprano contacto con el mundo del exilio le situó en un lugar geográfico, inicialmente Puerto Rico a comienzos de los años sesenta, pero no menos espiritual, conformado por quienes se habían visto obligados a salir de España que reflexionaban en profundidad tanto sobre la España dejada a la espalda como sobre la propia condición humana, y esa experiencia fue crucial en su vida. Desde sus inicios en la actual Universidad Complutense de Madrid, de la que ha sido catedrático muchos años, ha desarrollado una intensa labor de recuperación de la historia de la filosofía española, que no excluyera a nadie si ha realizado aportaciones de importancia en la construcción de la conciencia nacional, mas sin olvidar el sentido universal de la propia filosofía. Bien reconocida ha sido su magna obra *Historia crítica del pensamiento español* en cinco volúmenes (siete tomos) que completó entre

1979 y 1991. Junto a esta obra de referencia José Luis Abellán ha sido bien reconocido por su recuperación de la obra de los exiliados, apenas recuperados en aquella fecha temprana de 1961 cuando viajó a la isla caribeña. Tan solo el esfuerzo, casi silencioso, en aquellos tiempos duros, de Enrique Canito y José Luis Cano en la revista *Ínsula* (1946) había abierto una ventana por la que fueron entrando calladamente algunos nombres de los expulsados, cuando José Luis Abellán, quien más tarde se incorporaría a *Ínsula* no solo ya revista, sino también editorial, tertulia y librería. Esta incorporación sería esencial para su propio proyecto. Por entonces, coincidiendo con la nota incluida por Alain Guy en la traducción al español de *Los filósofos españoles de ayer y hoy* (Losada, 1966), publicó *Filosofía española en América (1936-1966)* [Ediciones Guadarrama con Seminario y Ediciones, 1966]. Fueron dos aldabonazos que sonaron débiles porque los tiempos no permitían mayor repercusión, pero que terminaron por abrir la puerta casi definitivamente. Por esos años comenzaron a editarse obras de los exiliados quienes, poco a poco, fueron ocupando un lugar en la España interior, aunque aún debiéramos esperar más tiempo hasta que pudo iniciarse una recuperación normalizada que aún continúa.

En la segunda parte de ese libro ya escribió José Luis Abellán un capítulo sobre la filósofa veleña, la dedicada a «la herencia de Ortega y Gasset». «La razón poética en marcha», lo tituló y ahí apuntaba lo siguiente: «María Zambrano merece un puesto singular en este panorama filosófico de que nos ocupamos. En primer lugar, no solo es la única mujer entre estos filósofos, sino que constituye el caso femenino más destacado de nuestra historia filosófica; en segundo lugar, se da en ella la voz literaria de más fuerza entre nuestros filósofos emigrados, hasta el punto de haber abandonado las tareas de enseñanza por dedicación a su labor de escritora.» (p.169) No terminaba sus palabras dedicadas a María Zambrano sin apostillar a propósito de las múltiples referencias de nuestra filósofa que «eso no suponía ninguna idealización; es un modo de calar en zonas frecuentemente ocultas y de lograr transparencias difíciles. Aquí, como en otros casos, el amor no quita, pone conocimiento.» (p. 187).

Para esa fecha José Luis Abellán y Zambrano habían ya cruzado algunas cartas, pero fue al recibir este libro

cuando María Zambrano le envió la carta que adjuntamos a este nuestro recuerdo a José Luis Abellán y a su vinculación con la persona y obra de la filósofa que apenas estaba comenzando a ser leída. La carta ha sido ya publicada, pero conviene releerla en la letra de aquella máquina de escribir que exigía incluir alguna anotación manuscrita que se había quedado entre las teclas. Ninguna línea está vacía, pero subrayamos tres ideas que el libro de Abellán le había suscitado: su vinculación con la obra de su propio padre de la que Abellán había tenido conocimiento por Pablo de Andrés Cobos (hombre también del grupo de *Ínsula* fallecido hace cincuenta años); la necesidad de continuidad –interrumpida por entonces –para que pudiera hablarse de filosofía española con la apostilla bien explícita según la cual «el pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición»; y, finalmente, el rechazo de los nacionalismos que destruyen el verdadero sentido de la patria como «libertad, intimidad, arraigo, universalidad.» Estas ideas debieron calar hondo en la reflexión de José Luis Abellán porque han guiado toda su obra.

Esta pronta vinculación colocó al profesor Abellán en el núcleo que ha desarrollado la Fundación que lleva el nombre de María Zambrano en su ciudad natal y de cuyos inicios nos ha dado cuenta detallada el profesor Juan Fernando Ortega, principal impulsor de este proyecto que tomó carta institucional en junio de 1987. José Luis Abellán ha estado presente en el núcleo de profesores e investigadores que han dado vida a esta institución y no ha dejado de tomar la palabra en los congresos que se fueron celebrando mientras él pudo asistir. Recordamos su intervención en el II Congreso, primero de los organizados tras el fallecimiento de nuestra pensadora. En él presentó una larga y documentada investigación sobre la Segovia que vivió la familia Zambrano, así como del ambiente intelectual de su primera juventud. Aportó entonces la carta recibida desde Ginebra, fechada el 1 de febrero de 1984. Además de datos biográficos bien relevantes sobre su etapa de estudiante al lado del acueducto segoviano, casi, como de pasada, en aquellas tres páginas le recordaba a su interlocutor *El erasmismo español*, libro que contaba ya por esa fecha con un buen número de años (la nota preliminar a la primera edición es de marzo de 1975)

si bien la segunda edición había visto la luz dos años antes (1982). Tenía noticia del mismo, pero señala «que no había podido escuchar todavía». Sin embargo, tenía bien claro, y es una confesión desde la profundidad del alma y, no menos, desde el conocimiento de la historia de España que, «al escribir su libro sobre el erasmismo, bien muestra usted, por la vía que anda, por la que sin duda hemos andado, iqué remedio!, todos.» Del sentido de la historia, precisamente, se deriva esta declaración sobre su ubicación en la historia de España, clave para entender que líneas atrás le confesara que la expresión «razón poética» había nacido ya antes «y con dolor». Y en esa misma senda sitúa a su propio interlocutor como clave para comprender por qué había ya dedicado tantos desvelos al estudio de los exiliados, en tanto que herederos de los viejos heterodoxos.

En 1998 se celebró ya el tercero de los congresos dedicados a la vida y obra de María Zambrano y la intervención de José Luis Abellán estuvo dedicada a detallar lo sustancial del periodo puertorriqueño. Ahí sobresale una aportación no solo sobre *Persona y democracia* que Zambrano publicará en la Isla años después de abandonarla sino apuntes de alguna conversación con Muñoz Marín sobre la democracia y su sentido humano, que verían la luz años después. Ese mismo año publicó Abellán la edición ampliada del libro de 1966 ahora con el título *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939* (Madrid, F.C.E.). Abellán mantuvo el texto inicial, pero le añadió una parte final para subrayar la dimensión esperanzada que aportaba aquel «itinario de la razón poética», simbolizada en el canto de la alondra como «canto de gozo, que se alza en la aurora y primeras horas de la mañana como un símbolo del impulso hacia la alegría.» (p. 281). Bien significativa nos parece esta sintonía que Abellán quiso establecer con la trayectoria de quien fuera exiliada y a cuyo estudio ha dedicado buena parte de su vida junto al de otros intelectuales que se vieron, igualmente, obligados a cruzar la frontera.

Fue ya con el reciente siglo comenzado y coincidiendo con el centenario de su nacimiento (1904-2004) cuando tuvieron lugar las sesiones del IV Congreso que estuvo dedicado al estudio de la «Crisis y metamorfosis de la razón en María Zambrano», un tema que, tras la investigación de los numerosos estudiosos de su obra,

había alcanzado suficiente madurez en esos años para poder ser afrontado con la extensión y la intensidad que el pensamiento y la reflexión de Zambrano requerían. Abellán se adentró –nunca mejor dicho– por la estrechez de lo hermético para mostrar la diafanidad de la propuesta zambraniana, referida a la «redención social». Era esta una expresión que, puesta en claro, al final de la exposición, quería mostrar la apuesta por la «construcción de una sociedad democrática» y como impulso de «un proyecto de regeneración moral de la sociedad.»

Pero fue además, en esas fechas, cuando la Fundación aprobó la creación de un «Centro de Estudios sobre el Exilio» que nacía de los proyectos emanados de la propia Fundación que se acercaba a sus veinte años de vida en la conservación y transmisión de la vida y obra de María Zambrano. Mas, en esos objetivos, el compromiso de José Luis Abellán era base sustancial del proyecto. De esta manera la figura de la pensadora cuya obra daba vida al Palacio de Beniel en el centro de su ciudad natal, adquiría, a su vez, la verdadera dimensión, proyectada a otros exiliados andaluces de su propia generación y como centro de estudio para investigadores. No nacía pues como un proyecto administrativo sino dotado del propio sentido que emana de la «razón poética» como razón compartida, ni solo individualizada ni solo universalizada por un ejercicio despersonalizador. El anexo Centro daba sentido a la Fundación, respondiendo a las exigencias de la propia personalidad que le daba nombre y sentido al tiempo que contribuía a reunir investigadores que estudiaran un fenómeno sociopolítico tan complejo como lo fue el exilio de 1939.

Aún tuvo tiempo José Luis Abellán de intervenir en el Congreso celebrado en Segovia en los primeros días de mayo de 2004 cuyas intervenciones han sido recogidas en *Pensamiento y palabra en recuerdo de María Zambrano* (Junta de Castilla y León, 2005). Conservo el recuerdo personal de escuchar la voz tenue del profesor Abellán en la antigua capilla del Hospital de Viejos que hoy forma parte del restaurado Museo dedicado a la figura de Esteban Vicente, pintor segoviano contemporáneo de María Zambrano, nacido un año antes, en 1903. Esa capilla está dotada de una acústica que permite escuchar el hilo de voz con que habló acerca

de «María Zambrano y el exilio. Valoración de un desgarro», una meditación pronunciada cerca de aquel monumento del que había recordado Antonio Machado a la propia pensadora, con palabras de su propio padre, que era «el único amigo que les quedaba en Segovia».

Si nos fijamos bien en la obra de Abellán sobre Zambrano, la palabra «itinerario» aparece continuadamente, como manera de significar una vida que la conducía a no tener lugar, ni geográfico ni político ni social... pero sí a «ser tan solo lo que no puede dejarse ni perderse, y en un exiliado más que en nadie» (p. 59). Estas palabras reproducidas de la propia Zambrano son imprescindibles para entender la obra de ambos. Para entender su vigencia.

Por ello José Luis Abellán nos ha dejado un testamento breve, pero con algunas claves imprescindibles para comprender a Zambrano tanto como para que comprendamos su propia obra: *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo* (Anthropos, 2006). Poco más de cien páginas, de un formato pequeño, incluyen datos biográficos, cartas, un apéndice titulado «El destino de la razón: una meditación desde el hispanismo filosófico» y el breve texto «Un inédito encontrado en Puerto Rico» que nos sirvió para un estudio detallado, recogido en el capítulo tercero dedicado a «Los derechos humanos y María Zambrano», en el último de los congresos celebrados hasta ahora: *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano* (coordinado por Juan Antonio García Galindo y Luis Ortega, Fundación María Zambrano/ Centro de Estudios Transatlánticos de la Universidad de Málaga, 2020). Gracias a la generosidad de la profesora de la UPR, campus de Mayagüez, Iliaris Avilés, pudimos acceder al texto escrito a máquina con algunas tachaduras y correcciones y una frase manuscrita en el encabezado: «Pensando en la democracia con M.Z. de que no es posible instalarse en la inercia» con una firma ininteligible que parece una «M» que podría ser la de Muñoz Marín, encuentro que debió tener lugar a mediados de los años cuarenta. Precisamente el libro *Persona y democracia* (1958), desarrollo de este breve texto, sería publicado algunos años después del nombramiento de su interlocutor como gobernador electo de Puerto Rico y de que este territorio pasara a ser Estado libre asociado.

El texto recuperado por José Luis Abellán comenzaba señalando que «la Democracia es el régimen capaz de renovarse a sí mismo, de ser la continuación de sí mismo, es decir: de superar su propia crisis.» (p. 119). Y concluía: «Y así no se ha de limitar a cuidar y proveer a la enseñanza de los conocimientos ya adquiridos, ya vigentes, a la repetición por otra parte necesaria de lo conocido, sino que ha de hacer posible que el nuevo pensamiento aparezca; ha de suscitar el afán de investigación y de descubrimiento de todos los dominios; en suma, ha de abrir paso al futuro. La democracia tiende al futuro.» (p. 122).

Imposible hallar palabras que mejor definan la trayectoria de José Luis Abellán y sus convicciones democráticas en su aproximación a la vida y obra de María Zambrano como pensamiento lúcido al servicio de la causa humana. Como patrono de la Fundación tiene un lugar perenne entre los estudiosos y entre quienes más y mejor han hecho por acercarnos al testimonio vivo de la pensadora que preside el patio del Palacio de Beniel. Y llevado a cabo desde la coherencia de su propia vida.

La Piece 27 de febrero de 1967.

Crozet-par-Gex. Ain.

France.

(A)

Señor Don José Luis Abellán;

Mi muy estimado amigo:

Recibí hace dos días su hermoso libro sobre la Filosofía española en tierras de América; le agradezco mucho el ejemplar que me ha dedicado. Por lo que he podido ver, el libro es bastante completo y el pensamiento de cada autor está bien encuadrado y expuesto con justicia y esa simpatía profunda que la garantiza, en vez de alterarla. Muy conmovida estoy por la cuidadosa atención que me ha dedicado y muy especialmente en lo que concierne a la relación con el pensamiento de mi padre. Se lo agradezco en el alma porque es de justicia y esta realiza con extrema finura, una finura que yo diría musical. Mas no solamente en esto se percibe que tiene Ud un fino oído. Lo que equivale a decir medida del sentir sin la cual el pensamiento divaga o se enquistá. Le felicito a Ud pues, y le deseo prosiga su personal tarea.

Lo que no se es si serán muchos los que se den cuenta de que este libro mesurado, objetivo es uno de los libros más dramáticos que puedan leerse hoy día. Tanto que escarban los autores en el fondo de la angustia hasta rasgar el corazón a ver si encuentran la tragedia, dejan pasar luego la realidad dramática en grado sumo. Y el drama que fue, que es para España y para nosotros el haberlos tenido que realizar fuera de ella. Me parece aun menor que el de esas generaciones que nos siguen y que Ud ha hecho tan bien en recoger. Queda bien claro que hoy día, hace años, hay gentes de vocación filosófica en España que van a estudiar a donde pueden para enseñar y escribir después en donde pueden. Esos que nos

fundamentalmente

nos siguen no han sido ya formados en España por maestros españoles. Qué contraste entre por ejemplo, Gaos y yo misma, los dos productos indige-
nas por así decir, "Maid in Spain", lo que quiere decir simplemente que se podía estudiar filosofía entre nosotros, que teníamos padres, her-
manos. Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que emparentarse con Heidegger, Sartre, Saspers... Comprendrá Ud que este lamento no quiere expresar un sentimiento nacionalista, ni casticista. El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega natural-
mente desde una tradición. En fin, de lo que se trata es de que España este dejando de ser una Patria para convertirse en un simple lugar donde nacen personas de valor. La Filosofía como Ud bien señala tuvo una fun-
cion hacedora de España. Y en ese sentido es muy justo que me entronqr Ud con Ortega y aun con la Institución de la que tantas cosas me separan y me separaron siempre, pero a la que siempre me sentiré unida por eso: porque quiso hacer e hizo patria con el pensamiento.

Paradojicamente- mas qué bien lo vimos y sentimos en consecuencia de naciones actuamos- ha ido terminando con las patrias, en conjunción, claro, con otras fuerzas allanadoras de lo mejor de la condición humana. Decir pa-
tria es decir libertad, intimidad, arraigo, universalidad.

Como ve le siento amigo de veras, pues que me he puesto a hablar con Ud por lo largo. Espero que algún dia así suceda.

Su libro además de la utilidad informativa, es sobre todo una objetiva manifestación de una drama histórico. A ver si hay mentes que lo capten. Ha hecho Ud una buena obra en el sentido tradicional de la palabra. Que a Ud le sirva igualmente.

Le envío mis mas cordiales saludos.

Maria Zambrano